

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Lucha interminable

LOS DOS RADICALISMOS

Pasa hoy la nación española por una de esas épocas en que las ideas opuestas con claridad no son escuchadas cual merecían, notándose contradicción extrema en lo que se refiere a la parte contraria a la que aspira únicamente a llenar el suelo hispano de abrojos y zarzales y los razonamientos de sentimientos malévolos e incorrectos.

Las tendencias uniformes déjanse ver constantemente, yendo la una tan distante de la otra, que por más términos medios que se interpongan no se logra éxito alguno, aun cuando elementos de poderosa y efectiva fuerza pretendan lograrlo. Nada de agudezas ni enfemismos. Los asuntos que integran la vida de un pueblo, mejor, los que se ven en la necesidad imperiosa de ventilarse, son grandísimos en número y calidad, para resolverlos en un abrir y cerrar de ojos, cual algunos seres contaminados con las auras del mal ambiente piensan, y siendo así, argumenta baladriamente la importancia que está muy lejos de poseer quien viviera rodeado de esos sueños de oro. Intermediarios para el acercamiento de dos ideales que llevan la misma inspiración, aunque al llegar a la cuestión de procedimiento se dé lugar a una discusión puramente de forma, circunstancial, al fin, podrían encontrarse; mas para disminuir las distancias, los intervalos habitados entre dos pensamientos opuestos, se precisan funlamentalismos agudos, de interna y externa compostura, los cuales, a pesar de buenas intenciones mezcladas, no pueden aportarlas más que las circunstancias, las casualidades, los fracasos, las ridiculeces, las incertidumbres, la errónea orientación de una de las partes.

España ve hoy con el espanto y extraluzza consigüentes que se lucha con ardor bélico desde diferentes sitios y lugares, bajo diversos y confusos, algunos ideales. Entre estos últimos y entre los primeros media un abismo, abismo que no se puede trasponer sin sufrir un grave colapso, una hecatombe original, por lo inesperada.

Hay las convenientes separaciones entre los combatientes: unos pertenecen al radicalismo rojo, y otros al blanco. Luego son dos los radicalismos existentes, dos grupos de importancia que se disputan la plaza no despreciable del predominio público.

Al primero pertenecen todos los elementos de antecedentes dudosos y vivir ilegal y deshonesto, junto con anarquistas, nihilistas, apóstoles, secretarios, racionalistas, yendo amigablemente unidos, en todos los asuntos, con

los partidos revolucionarios que han conseguido, con el nombre de libertad por amparo, posar sus reales en la península ibérica.

¿Quién más forma parte de esta grey? Socialistas, republicanos de todos los matices, liberales, demócratas, librepensadores y demás urbe que engrosa esas filas en los momentos difíciles por los que, desgraciadamente, pasa con frecuencia nuestra pobre y desprestigiada nación.

Constituye el segundo todos los hombres de buena educación, de instrucción y cultura, los sensatos, los pacifistas, los enemigos de revoluciones y derramamientos inútiles de sangre, los que aspiran a regenerar la Patria, los que ponen a Dios de testigo en todos sus actos y acciones; los católicos, en fin. Guerra declarada, pues, tienen los dos bandos, los dos bloques. De un lado los revolucionarios, del otro los progresistas. Hecha está la separación; distanciados unos de otros, trabajan ambos en pro de sus idealismos, poniendo todo el ardor necesario para conseguir el fruto apetecido.

¿Quién vencerá? ¿Quién se llevará la palma de la victoria? Terrible es el enemigo que tenemos en frente, grande es la vitalidad que cuenta en su seno el sindicalismo amparador de los elementos motinescos y levantiscos, mas no el temor debe embargar nuestro ánimo porque nosotros contamos con la mejor arma ofensiva: contamos con el arma más punzante y atemorizadora para el adversario, y esa herramienta, de reluciente acero, de hoja limpia y resplandeciente lleva grabado el bendito nombre de Dios.

Dios es ley, justicia, rectitud, paz, progreso y felicidad. Sin Él no hay ciencia, arte ni estudio; el guerrero no posee vigor en el combate; el militar desfallece; el hombre pierde energías, valor y firmeza; no hay vida en fin.

«¿Lucháis por la verdad? Venceréis» ¿Defendéis la justicia? Triunfaréis, afirma el gran político, gloria de la historia política española, Aparisi y Guijarro; luego vano empeño guía los sentimientos de quienes, apartados de este lema quieren colocarse a la cabeza de los pueblos cultos y civilizados.

Desoyendo la impietad, el anticristianismo, lograremos el primer éxito de la empresa, desterrando de nuestro lado los contradictores sistemáticos de la verdad y la razón habremos conseguido cumplir con el deber que se nos impone.

Los dos radicalismos, pues, caminan, lentamente unas veces, con viveza las más, aunque circunstancialmente, luego seamos consecuentes y firmes y demos la batalla decisiva.

Tengamos presente siempre, al ilustre periodista católico señor Obispo de

Jaca. «El radicalismo blanco ha de destruir por completo al rojo.»

¡A trabajar todos con entusiasmo!
¡Fuera radicalismos sanguinarios!

T. de G.

¡NADA!

Nada es el hombre, aunque en su corta (vida

Ser el todo pretende con locura
Por su existencia libre y divertida
Cubierta al parecer de gran ventura.
Nada es el hombre, por más que distinguida
Su cuna sea, pues ya en la sepultura

Se iguala exactamente,

Al rico, al pobre, al cuerdo y al demente.
Los títulos, honores y riquezas,
Únicamente compararse pueden
A la nada, pues penas y tristezas
Al hombre dan, que su ánimo conducen
Cargándole de múltiples flaquezas,
Que transformar, muy amañado, suelen

A un buen ciudadano,

En un este simple o truan villano.
Pasemos a un sagrado Cementerio,
Y detengamos bien nuestra mirada.
Allí, enterrado en santo cautiverio,
Se encuentra un militar, que, con su espada,
Venció algún día a un populoso imperio.
Hoy es polvo y ceniza; total, nada

De lo que deducimos,

Que todos al morir, nos confundimos.
¡Oh loca y atrevida fantasía!
¡Oh torpe vanidad! Mundo profano
Que desbordas en ríos de alegría
Al ver el oro, premio del villano.
¿Por qué ríes ¡Oh mundo, la agonía
Del hombre que ambiciona lo mudano?
¡Oh vida regalada

Que mientes con tus pompas que son... nada!

RAFAEL QUILLIS

Estudios Sociales

EL TEATRO CATÓLICO

He aquí una manifestación de la vida social moderna, cuya restauración se impone con la mayor urgencia.

Es hoy el teatro verdadera escuela de malas costumbres; la actual generación ha aprendido en él toda clase de infamias y toda suerte de injurias, los católicos se ven privados de asistir a la mayor parte de las representaciones, fundadas, casi todas, en argumentos falsos o inmorales.

Y sin embargo, ¡qué poderosos medios de atracción es el teatro; qué gran elemento para la educación de un pueblo!

Véase lo que todos los días sucede en nuestras asociaciones y patronatos: se dan conferencias aun por oradores de gran fama, y las salas permanecen poco menos que vacías. Aparece un espectáculo teatral y hay hasta palcos por entrar en él. No hay duda ninguna: gran medio para la educación de la sociedad es el teatro.

Instaurare omnia in Christo, es el lema de Pío X. ¿Por qué no hemos de restaurar en Cristo aun el teatro?

En El lo fundaron nuestros antepasados con aquellos autos sacramentales que tan poderosa influencia ejer-

cían sobre el pueblo, el cual en masa acudía a recrearse y aprender. En El lo fundaron nuestros clásicos con aquellas admirables sentencias que como granos de oro iban acumulando al corazón de nuestra sociedad un riquísimo fondo de honradez y de moralidad que hoy ya casi no comprendemos.

A Dios la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

El pueblo, que oía esto en el teatro, sabía sacrificarse por la patria, dominaba en dos mundos y triunfaba en todas sus empresas, porque era un pueblo que creía en Dios.

Al separar nuestros ojos de aquella grandeza y fijarnos en nuestros teatros de ahora, y ver hasta dónde llegan en ellos la ola de inmundicia y la falta de sentido común, comprenderemos aquel verso que expresa con sentido profético el insigne Bretón: «nuestro estado normal es la anarquía.» ¿Qué diría Bretón si viviera hoy?

Urge, pues, la restauración del teatro cristiano, comenzando por la constitución de sociedades que alienten a los autores y abran concursos para premiar las obras de sentido cristiano.

Y la lucha debe entablarse con armas iguales por lo menos, si no superiores, de manera que las obras cristianas tengan, si es posible, mayores atractivos que las impías.

Algo de esto intentaron los católicos franceses y por cierto con envidiables éxitos, no sólo en la parte escénica, sino creando un teatro social que esté llamado a ser base de alta cultura y ejemplo de santa educación.

Nosotros, con sólo restaurar nuestro teatro antiguo ¡qué fuente tan copiosa podríamos explotar y qué ventajas tan grandes conseguir para la educación de nuestro pueblo!

Tirso

El mejor consejo

Era el señor Gregorio un maestro albañil, hombre de bien a carta cabal y a quien todos sus vecinos y amigos consultaban sus negocios por su mucha prudencia y juicio.

Llegó a tener hasta cinco hijos varones, que dedicó a diferentes oficios auxiliares del suyo, como carpintería, cerrajería, etc., a fin de no perderlos de vista y adoctrinarlos constantemente; porque, como él decía, «bienes que no veis, ¿para qué los queréis?»

El tema que más quería explicarles era el de la unión de ellos entre sí y con sus padres; porque no había, en su concepto, amigos mejores que éstos, y además porque era el modo de hacerse respetables y fuertes ante la sociedad, y defenderse de muchos peligros morales y materiales.